

“LA LUZ VIENE DEL MAR”, novela, por *Nicomedes Guzmán*, Ediciones Aconcagua, Santiago de Chile, 1951. 331 páginas

Nicomedes Guzmán fué a descubrir el norte. De regreso nos trae develado un mundo que él, como pocos en nuestra novelística actual, es capaz de revelar. Su encuentro con el norte le deja grabado hondamente, con un impacto sentimental poderoso, el carácter peculiar de sus hombres—trabajadores del puerto en Iquique, trabajadores del salitre en la pampa—moviéndose en su esfera proletaria. Hombres viviendo sus luchas reivindicatorias y dando pábulo a las sollicitaciones vitales en la acción de cada día. Pero por encima de esto y de aquello se detiene Guzmán con una hondura y un trazo inimitable en los rasgos psíquicos del hombre y de la mujer norteños. La psicología viva y radiosa de la mujer adolescente en la figura de Virginia y en la de su amiga Andrea. La primera cruza todo el volumen sumida en su mundo de descubrimientos y ensoñaciones. La calidad humana de *El pirata Cholakys*; de *La reliquia de la huella*; de *El cara de pescado*; de Tomasita, la beata; de Fresia, la hembra apetecida, y otros muchos personajes que abundan en *La Luz viene del mar*, despunta en cada uno con rasgos definitorios y cargados de cierto amor de padre. De estos hombres y mujeres nos abre Nicomedes Guzmán un horizonte incalculable de ternura que se derrama en gestos y expresiones, en actitudes insospechadas y tremendas.

La ternura es a través de toda la obra de cuentista y novelista de Guzmán un tema esencial que puede rastrearse en ella con caracteres diferenciados en una notable variedad expresiva que confiere a sus obras un calor humano que llega siempre de un modo directo al lector.

El mundo que descubre lo gana para sí e identificado con él de una manera extremada, el novelista, trueca el estilo directo, corriente en la prosa novelística, por un estilo indirecto de cualidades poe-

máticas que crece, en ocasiones, con un lirismo avasallador. Este mundo está lleno de sugerencias para Guzmán, que en actitud de asombro y descubrimiento, llevado por ellas vuelca en su prosa una expresividad notable: doble y triple adjetivación, pluralidades, imágenes dinámicas y continuadas, metáforas sensibles, un hacerse hombre todas las cosas, un antropomorfismo, en fin, que llena toda la imaginería barroca de su expresión.

Nicomedes Guzmán tiene imágenes que nos recuerdan a Vicente Huidobro en su actitud creacionista: “los gramófonos sin aliento”, “El mar se trizaba las uñas en los arrecifes” (páginas 111 y 136, respectivamente). Hay en él imágenes que Carlos Bousoño, poeta español, estudiándolas en Vicente Aleixandre llama *continuas*, imágenes que también se hallan, antes que en Aleixandre en Huidobro. Nicomedes Guzmán dice:

“La *pata* del sol, que es una mano tibia y vibrante en los libérrimos lares de la savia, *escarbó* y *socavó* tenebrosamente sobre la desesperación que habrían de heredar los hombres” (pág. 19).

El verbo es siempre dinámico, antropomórfico, de uso común en el pueblo:

“Iquique *enciende* sus calderas, *rumorea* en su actividad portuaria, *despide* un barco que zarpa, *recibe* un tren que llega desde las pampas...” (pág. 15).

Estas sucesiones son las que Dámaso Alonso llama *sintagmas no progresivos* o *pluralidades* y que expresan aquí la variedad y profusión de la actividad en la ciudad norteña con marcado acento. Como éstas pueden encontrarse otras formas expresivas que coadyuvan a la comprensión de la realidad que se muestra.

La masacre de la “Escuela Santa María” de Iquique se muestra a través de la narración, cargada de fuerza emocional, de uno de los protagonistas de la novela (véase págs. 201-203), lo que la hace acentuadamente expresiva. Al igual la fiesta tradicional del pueblo de La Tirana se muestra envuelta en la ensoñación de Virginia. Estos recursos son los que le dan al estilo y de allí a la ver-

sión total de lo narrado, la atmósfera poética que hiera la sensibilidad del lector y diluye la rudeza o brutalidad de los objetos o de las situaciones. La novela entera es una visión cargada de un gran poder emocional. El norte ha sacudido al novelista con un poderoso golpe de ternura. Los seres que describe quedan cifrados en su esencia más pura por su capacidad de enternecerse o por el poder mágico de sus ensoñaciones. Léanse los capítulos que llevan los repetidos nombres de *Virginia y su mundo*, *La ternura terrible* y *Los cinco jazmines del Huacho Fieroga*, allí podrá verse cómo la naturaleza grosera de las cosas o las situaciones inusitadas se transforman bajo la acción del ensueño o de una terneza singular, a veces tremebunda, que lo inunda todo.

El lenguaje de Nicomedes Guzmán tiene una desnudez brutal. Desnudez de pureza bruta, virgen, plantada allí en frente con toda su fuerza insultante, provocadora. Hay un símil, una metáfora, una imagen en terna gestación; un dinamismo de la materia, dialéctica natural de las cosas que, en la expresión, se hace dinamismo de la imagen; un germinar constante de procesos reales e irreales, nuevos. El verbo, lo hemos dicho, es persistentemente dinámico. El vocabulario se va creando conforme a su necesidad y ocasión expresivas. Nicomedes Guzmán crea neologismos o recoge chilenismos, o bien, los cree él—voz del pueblo—llenando sus páginas de sustancia emocional: “tremeluciente”, “aparragado”, “brotecer”, “hojecer”, “llagosos”, “zorrastrón”, “sebientos”, “amorriñada”, “zangolotear”, “fauceando”, etc., etc., son palabras de una notable expresividad, algunas de ellas verdaderamente ilustrativas en la determinación del objeto o persona a que se refieren.

Nicomedes Guzmán culmina con esta obra el desarrollo de un estilo personalísimo, con algunos rasgos generacionales acusados. Por esto no puede causar extrañeza que nos hayamos detenido casi exclusivamente en el análisis, por cierto muy somero, de su expresión.—CEDOMIL GOIC.